

Una
COPA
con
el destino

LIZA NS

BOOKISS, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, abril 2024
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-48-7
Depósito Legal: CS 216-2024
© del texto, Liza NS
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Carol RZ

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Este libro está dedicado a mis lector@s siempre y, en especial, a todas esas personas que en algún momento de su vida un recuerdo del pasado les ha jugado una mala pasada, pero han sabido resurgir de sus cenizas.

Para ti, luchador@

@LizaNS_escritora

Capítulo 1

Sant Sadurní d'Ancosa, mayo 2018

Miro el reloj. Ya pasa de la una del mediodía. Tengo el tiempo justo para cambiarme, ponerme las deportivas y hacer mi recorrido *runner*. Haré el corto porque tengo que estar a las tres sin falta en la sala de reuniones. Me esperará Gabriel, un hueso duro de roer, por eso tengo que despejar mi mente para estar al cien por cien; ya comeré algo rápido cuando llegue.

Vuelvo a mirar el reloj. Casi las dos. Estoy en el cruce donde tengo que decidir: camino corto o largo. Voy bien, hoy me siento en forma y he hecho buen tiempo hasta aquí. No me lo pienso más, no tengo tiempo. Finalmente, decido ir por la ruta larga y pasar por la bodega a saludar a Paula. Me gustan más las vistas de este camino. Mis pulsaciones están en ciento cuarenta y cinco, estoy en forma.

Paso por el molino y desde aquí ya diviso la bodega. Podría hacer este recorrido con los ojos cerrados. Desde que conozco a Paula, este se ha convertido en mi camino diario, y me encanta. Hacemos un café más o menos rápido, dependiendo de la faena que tenga, y vuelta hacia la cava. Hoy no me dará tiempo de tomarme el café, pero ya la veo sentada en el porche. Mis pies me llevan por los terrenos arcillosos de las viñas reconociendo casi cada piedra y en unos segundos me planto delante de ella.

—¡Hola! Ya te echaba en falta, hoy vienes un poco más tarde —me saluda Paula.

—Hoy voy con el tiempo justo, no podré ni tomarme el café, tengo cita con Gabriel a las tres.

—¡Buff! Yo es que no puedo con él. La última vez, por poco rompo el contrato con ellos. Es muy inflexible con los precios, y vale que te aseguran una venta de muchas botellas, pero es que a veces con él no te sale a cuenta.

—Ni que lo digas, pero ahora mismo es mi mejor cliente y no puedo prescindir de él, y lo sabe. Llevo toda la mañana preparándome la reunión y seguro que me sale con algo que no he pensado. Es implacable el tío.

—Mañana no te olvides que hemos quedado todas a comer.

—Sí, sí, me acuerdo, no te preocupes. A la una y media más o menos, ¿no?

—Cuando quieras, puedes venir.

Mirando el reloj, me despido de ella, ya que voy muy justa de tiempo.

Llego a las tres menos diez a la oficina y Silvia, mi secretaria y segunda madre, me anuncia que Gabriel ya ha llegado y me espera en la sala de reuniones. Qué agobio. Me doy una ducha rápida en los vestuarios de las trabajadoras y a las tres y tres entro por la puerta.

No me pasa inadvertido el movimiento de muñeca comprobando la hora, pero hago como si nada, que se piense que no es mi prioridad (¡¡aunque lo sea!!).

—Encantada de volver a verte por aquí —miento, poniendo cara de no haber roto un plato en la vida. A ver, Gabriel seguro que es buen tío y amigo de sus amigos, pero en los negocios es un lobo.

—Lo mismo digo —me saluda él, con un apretón de manos firme.

Nos dirigimos a la mesa donde yo antes de salir ya lo he dejado todo preparado. Toca renovar el contrato anual de ventas de su cadena de supermercados y cada año es un tira y afloja con los tantos por ciento.

Me he estudiado el contrato y buscado los puntos más conflictivos, pero seguro que me sale con algo que no espero. El año pasado no fue muy bueno en lo que a las ventas se refiere, un boicot salido de la nada por parte de algunos empresarios y políticos; nos ha hecho perder ventas, y aunque el año yo lo cerré con un aumento de ventas del tres por ciento respecto al año anterior, podría haber sido mejor.

Empiezo hablando yo; el contrato a firmar ya lo tenemos las dos partes.

—Este es el contrato renovado para la siguiente campaña de Navidad, ¿te parece todo correcto o tenemos que revisar algún punto?

—En global, el contrato es correcto, pero tendremos que negociar las unidades; de la última campaña nos ha quedado *stock* en las estanterías y no quisiera que el producto se estropeará.

—Por suerte, el cava de calidad no se estropea con el tiempo, sino que mejora. No veo un problema en esto que me comentas.

Se queda pensando un segundo, meditando su respuesta.

—Sí, pero, por ponerte un ejemplo, las botellas de Cavas Sansel han subido como la espuma. —Y se ríe de su propia broma, cosa que a mí no me hace ni pizca de gracia; estoy empezando a pillarle el truco a sus objeciones para sacar beneficio.

Saco mis apuntes preparados de debajo del contrato y le replico:

—Con los números en la mano del año pasado, a mediados de diciembre ampliamos el número de botellas en cinco mil unidades porque no teníais en las estanterías. No es un mal número.

—Sí, pero, como te he dicho, otras marcas también van subiendo en ventas y no puedo cargarme de género; tendremos que reducir el número de botellas.

Ya estamos como siempre con el regateo, es que lo odio. ¿Tan difícil es entenderse a la primera como lo hago con casi todos mis otros clientes? Tengo que contar hasta diez antes de contestar; aunque me pese, no puedo prescindir de este cliente. Y, por si fuera poco aún, añade:

—Reduciremos el número de botellas, pero nos mantendrás el precio y condiciones del año pasado como pone en el contrato.

Bueno, esto no me viene de nuevo, de hecho, es una de las posibilidades que había barajado. A este tío lo tengo muy calado y lo que no puedo permitir es menospreciar mi cava porque es bueno y no lo puedo comparar con los que se venden a tres euros la botella porque la elaboración y producción no es la misma. Pero, como he dicho, lo tenía pensado.

Saco otra carpeta; roja, para las emergencias, por eso la he escogido de este color. Me río para mis adentros; yo también soy un poco puñetera en estos detallitos, he aprendido del mejor, mi padre. Busco entre los diferentes documentos el anexo tres y se lo coloco delante.

Se lo lee.

Veo unos momentos de confusión en sus ojos, no se lo esperaba, pero enseguida se recompone.

—Esta propuesta no es lo acordado —se defiende él, un poco fuera de juego.

—Yo creo que sí. En ella se acuerda el mismo precio que el año pasado por las botellas que estén en el contrato inicial, pero, si queréis ampliar el número, como hicisteis el año pasado —le recuerdo por segunda vez—, entonces las siguientes botellas tendrán un coste de un cinco por ciento más que las aseguradas en el contrato inicial.

Me mira con una mezcla de rabia y reconocimiento. Las reuniones se tienen que preparar e ir a correr me ha ayudado a verlo todo más objetivamente.

—Tengo que revisarlo con los abogados, la semana que viene hablamos y firmamos el contrato, con anexo tres o sin él.

Veo que recoge sus documentos. Vuelve a estrecharme la mano más fuerte que antes, para disimular el punto a mi favor que me he sacado de mi carpeta roja, y nos despedimos.

La verdad es que me dejo caer en la silla y cierro los ojos unos momentos. Son más de las cuatro y ahora me doy cuenta de que no he comido todavía, estoy desfallecida.

Unos golpes llaman a la sala y veo aparecer a Silvia, que viene con un bocadillo de atún y una Coca-Cola Zero; es mi salvación.

—Silvia, eres un sol. No sé qué haría sin ti.

—Morirte de hambre, seguro. Tienes que cuidarte más, últimamente no paras, te saltas comidas y eso no puede ser, la salud es lo primero.

Me levanto de un salto y le doy un abrazo, es un amor de mujer. Silvia ya era la secretaria de mi padre. Es una

mujer de unos cincuenta años que, tras la muerte de mis padres en un accidente de coche, aparte de mi secretaria, es mi segunda madre, y no puede evitar cuidarme. La quiero con locura, suerte de ella tengo muchas veces como ahora que me salva de morir de hambre, como me dice ella.

Miro el reloj, son las once de la mañana. Todo va como la seda. En una hora me cambiaré de ropa e iré hacia la bodega para comer con mis amigas.

Suena el teléfono de mi despacho. Es Silvia.

—Alberto ha llamado, que hay un problema con la máquina de etiquetado, que si puedes bajar. El técnico ya está avisado.

—Voy volando.

Demasiado tranquila estaba yo haciendo planes.

Cuando bajo a la zona de etiquetado, me desespero; las botellas se van acumulando en el suelo para que no caigan porque la máquina está parada.

—¿Qué ha pasado, Alberto?

—No lo sé, jefa. Ayer por la tarde la máquina funcionaba perfectamente, pero esta mañana hace un rato, cuando íbamos a empezar a etiquetar —se agacha y me enseña una botella del suelo—, nos damos cuenta de que la etiqueta del cuello de la botella no concuerda con la central, no están alineadas. He parado la máquina, la he reiniciado cinco veces y no hay manera. He llamado al técnico hace diez minutos y debe estar de camino.

Por suerte, la empresa donde compramos las máquinas está en el mismo pueblo y el servicio que tenemos es muy rápido, pero aun así se me complica la mañana.

Es la una, el técnico se marcha. Finalmente, el problema está en una pieza que se ha roto y que no permite que se fije la etiqueta correctamente. Tiene que reemplazarla; seguramente hasta la tarde no la tendrá y no la podrá arreglar. Quedamos que en cuanto la tenga me llama y lo solucionamos; me tocará venir por la tarde.

Miro el reloj, la una y cuarto. No me da tiempo de ir corriendo hasta la bodega, me tocará ir en coche. Buf, qué rabia me da.

Llego en punto, aparco el coche delante de la entrada principal. Las demás veo que ya han llegado porque también están sus coches. ¡Hoy voy a ser la última!

Me acerco por detrás hasta el porche donde sé que estarán y las veo a todas de pie charlando animadamente.

—Bueno, bueno, por una vez, no soy la última en llegar —se mofa de mí Cris.

—Vaaale, lo siento, avería de última hora —le respondo yo, poniendo las manos juntas en señal de disculpa.

—A ver, ahora no nos vengas con excusas. —Y se pone a reír la muy bandida, ¡pero tendrá morro!

—¡Por una vez que no llegas tú la última! —le digo haciéndome la enfadada.

—¿Qué ha pasado? —se preocupa Beth.

—La máquina de etiquetar, que se ha roto una pieza minúscula y ha dejado de funcionar.

—¿Y ahora qué? —se preocupa Paula.

—Por suerte, es una pieza fácil de reemplazar y esta tarde me llamarán para que vaya a abrirles, o sea, que estaré pendiente del móvil.

—Para variar —se queja María—. Últimamente, siempre vas corriendo de un lado para otro y no te relajas.

—A ver, Laura, empiezas a tener unas ojeras oscuras y creo que tienes un poco de anemia —me suelta Beth—. Lo siento, pero es deformación profesional, sabes que te lo digo con cariño.

—Venga, tengamos la fiesta en paz y empecemos a comer antes de que te llamen.

Miro a Paula y le hago una señal de agradecimiento con la mirada. Ya se van a poner pesadas con lo que siempre me recriminan, que trabajo demasiado y ahora encima que parezco enferma... No tengo el día para aguantar sermones hoy, tengo que arreglar la máquina antes del lunes.

Por suerte, ya estamos con los cafés y no he tenido que salir corriendo hacia la cava. Me puedo tomar tranquila el café que nos sirve Paula. Al dejar mi taza enfrente, me pregunta:

—¿Cómo fue ayer la reunión con Gabriel?

—Pues como siempre, intentando escatimar hasta el último céntimo. Pero esta vez estaba preparada, tenía en una carpeta tres anexos preparados para posibles regateos suyos y la verdad es que me funcionó, porque tenía uno

preparado que lo dejó un poco fuera de juego. La semana que viene me llamará para confirmar si quiere el contrato con anexo o no.

—Qué bien. En la próxima reunión te llamo para que me hagas de mediadora. Mira que Luca tiene experiencia con los comerciales, pero con este no puede como yo; le llama rastrero y un día casi se lo dice a la cara.

—Es que a veces también me saca de mis casillas, por eso me preparé a fondo el encuentro, sabía que me saldría con alguna artimaña. Pero dejemos de hablar de él o me pondré de mala leche, que ya llevo un día que mejor que no me pase nada más o al final petaré.

Suena mi teléfono.

Contesto, ya me supongo quién es, el técnico, y respondo que en diez minutos estoy allí; la bodega está muy cerca en coche.

Me despido de mis amigas y me voy.

Cuando estoy delante de mi coche, no puedo creerlo: tengo un Mercedes G matrícula KLD aparcado justo detrás del mío y no tengo margen de maniobra. Definitivamente, no puedo salir.

Lo primero que hago es maldecir todo lo que se me pasa por mi cabeza; me están esperando y odio que me esperen. (KLD, Ke Le Den, automáticamente aparece en mi mente).

Lo segundo que hago es abrir el coche y tocar el pito, tan repetidamente que no tardan Paula y las chicas en sacar la cabeza para saber qué pasa.

—¿Sabes de quién es este coche, Paula?

—Pues ni idea, es la primera vez que lo veo y nadie ha llamado al timbre, espero que nadie se haya colado dentro.

Fue oír eso y todas nos pusimos en alerta, ¿quién habría entrado en la casa?

Paula entra con nosotras de escolta, aunque estamos por detrás de ella. En un primer momento solo vemos a los operarios de la constructora que están haciendo las obras en la bodega. Paula se acerca a uno de ellos.

—Germán, perdona, ¿has visto entrar a alguien extraño en la casa o en la bodega?

—Pues no, señora Paula. Hemos parado media hora para comer y poder plegar antes y no hemos visto a nadie. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Hay un coche aparcado en la entrada que no conozco y, aparte, no deja salir a Laura con su coche.

Germán se acerca a la puerta de entrada y mira el coche, hace un gesto con los brazos como señal que no lo reconoce, pero se dirige a Paula.

—No sé de quién es el coche, pero voy a preguntar a los chicos. —Seguidamente, desaparece por el fondo, donde están sus compañeros.

Al cabo de dos minutos aparece Germán con un hombre con las mangas de la camisa arremangadas y completamente abierta sin abrochar los botones. Es alto, le saca una cabeza a Germán, el flequillo de su cabello con greñas rubio le tapa la mitad de su rostro angulado de ojos verdes y, cuando consigues apartar la vista de esa cara de adonis, aún es peor, ya que te fijas en su cuerpo atlético marcado por su tableta de chocolate. Creo que las cinco nos quedamos unos segundos embrujadas por la belleza de ese tío, pero yo tengo prisa.

—¿Os molesta mi coche? —dice él, con cara de no haber roto un plato en la vida.

Será creído el muy patán. Por muy bueno que esté, eso no le da derecho a aparcar donde le plazca. Así que no espero que responda Paula como dueña de la casa y salto yo con mi particular simpatía.

—¡Pues tú qué crees, guapito!! —le escupo sin escrúpulos—. Hay gente que tenemos que trabajar y no podemos estar perdiendo el tiempo porque a ti no te dé la gana aparcar bien! —le digo en un tono de voz más bien alto o muy alto.

Él pone las manos arriba en señal de ser arrestado.

—Perdona, he parado solo para dejar material, y al final me he liado trabajando y no me he acordado más del coche, ahora mismo lo saco.

—Pues date prisa —le vuelvo a decir.

Pero él ni se inmuta, pasa lentamente por delante de nosotras como si nada y, de paso, nos seguimos percatando de lo bueno que está. Si no estuviera tan enfadada, incluso me lo hubiera mirado mejor, pero tengo prisa.

Mis amigas me miran como si me hubieran salido tres cabezas.

—¿Qué? —les digo yo.

—Que no es para tanto, el tío se ha disculpado —me dice Cris.

—Tú, como es tío y está como quiere, se lo hubieras perdonado todo, ¿no?

—Hombre, pues la verdad es que sí —responde la muy golfa, guiñándome un ojo. Si no estuviera tan enfadada, me reiría.

Las otras se ríen.

—Hombre, te has pasado un poco, has sido muy borde —me dice María.

En estas que vuelve a entrar el susodicho en la entrada y el muy burro va y me dice:

—Su majestad ya tiene el camino libre. ¿No tenías tanta prisa? No sé qué haces perdiendo el tiempo aquí, charlando con las amigas.

Cojo aire y cuento hasta tres, no tengo tiempo de contar hasta diez y me voy pisando fuerte hacia mi coche, como si eso pudiera solucionar algo. La verdad es que no, pero me he quedado a gusto. A lo lejos oigo que Paula, conciliadora como siempre, le dice que tenía una urgencia. Pero ¿por qué tiene que darle explicaciones de nada? Lo que tiene que hacer es aparcar bien, no cuesta tanto. Arranco mi coche y, derrapando sin querer, me voy de la bodega echando chispas.

Por fin llego a casa, son más de las ocho. Al técnico se le ha complicado la faena, pero ya está, ya ha acabado este sábado estresante. Solo tengo ganas de meterme un rato en la vieja bañera de mi casa, relajarme y meterme dentro de la cama a dormir. Mañana es domingo y tengo que estar presentable para las visitas: otro domingo trabajando en la cava.

Pongo un pie dentro del agua para calibrar la temperatura y me entra un escalofrío de placer al notar que está calentita pero no quema. Me sumerjo sin pensarlo entera, aunque tenga que encoger las piernas, y meto la cabeza dentro. El no ruido de tener los oídos dentro del agua me relaja. Es una sensación rara de vacío, pero lleno a la vez, que me gusta disfrutar de vez en cuando; menos de lo que me gustaría, eso sí.

Cuando por fin me quedo sin aire y saco la cabeza fuera, me apoyo en el respaldo. Con una toalla, improviso un cojín para estar más cómoda. ¡Qué locura de semana! Tengo que reponer fuerzas y me dejo llevar cerrando los ojos para relajarme...

Me sobresalto de repente: cuando he intentado dejar mi mente en blanco, me ha aparecido la imagen del impresentable de esta tarde. ¡No puede ser!

Vuelvo a cerrar los ojos y la imagen de él vuelve a mi cabeza, encima sin camisa, dejando al descubierto esa tableta de chocolate. El salto que pego ahora de la bañera hace que salpique todo el baño. ¡Qué desastre! Esto es culpa de mi falta de sexo porque hace mucho que un hombre así no se adueña de mi cuerpo. Qué horror, ahora me conformaría con cualquiera.

Este baño, en lugar de relajarme, me está poniendo de los nervios; será mejor que salga ya o terminaré fatal.

Definitivamente, mañana será otro día.

Por fin es lunes. He pasado un fin de semana de lo más raro, me ha costado dormir y ahora me siento cansada, pero de hoy no pasa que vaya a correr al mediodía. Necesito mi rutina para quemar la adrenalina que me sobra y aclarar mis ideas, desconectar. Mejor pensado, las máquinas funcionan correctamente, así que me enfundo mi conjunto deportivo y salgo ahora.

Diviso la bodega a lo lejos, miro mi pulsómetro. Estoy batiendo mi propio récord, pero es que necesito desahogarme

y corriendo me siento bien. Según el médico, al tener las pulsaciones y la tensión muy baja, hacer ejercicio hace que esté en mi estado óptimo.

Ya he llegado a la bodega y no veo a Paula por ningún rincón del exterior, voy a entrar a ver si la encuentro. Pero, cuando pongo la mano en el pomo de la puerta, oigo que alguien dice:

—Ojalá fuera el aire que toca tu pelo, el sol que calienta tu piel, el agua que sacia tu sed y el amor que en ti encuentra todo su sentido.

¡De dónde diantres ha salido esa voz!

Me giro deprisa para intentar descubrir a alguien cerca de mí, pero no veo a nadie. Lo mío es de libro, me estoy volviendo loca; pero las palabras que me han dicho, si es que iban dirigidas a mí, me han encantado. Esto sube la moral a la más pintada.

Finalmente, entro en la casa y empiezo a llamar a Paula.

—¡Hola! ¿Paula? ¿Estás en casa?

Subo un piso de escaleras y la sigo llamando, pero nada.

La puerta principal se abre, debe ser ella. Bajo corriendo las escaleras, hasta que veo quién entra por la puerta y freno en seco. Es él, el mismo hombre del otro día.

—¿Puedo ayudarte? —se ofrece él.

—Pues no creo —le respondo yo, muy seca.

Y el muy fresco se va por la puerta del fondo. A ver si se cree el dueño de la casa ahora este.

Voy hasta la cocina y allí veo al operario del otro día, el simpático, Germán creo que se llama. Lo saludo con la mano y le pregunto:

—¿Has visto a Paula?

—Sí, hace un rato se ha ido al pueblo a comprar, no puedo decirle más.

—Gracias.

No me había percatado que teníamos compañía y desde el umbral de la puerta oigo que me dice:

—Si me lo hubieras preguntado a mí, también te lo habría dicho.

Me lo quedo mirando con cara de pocos amigos. No sé qué tiene este tío, pero me saca de mis casillas. Pero como si mi silencio y mi mirada no le importasen, continúa:

—¿Quieres que le dejemos un recado?

¡Pero este se cree el amo y señor del cotarro! Qué rabia me da.

Sigo sin dirigirle la palabra, para eso soy muy mía.

Cojo un papel de notas de la nevera, le dejo un mensaje de que he estado ahí y me voy por donde he venido sin ni siquiera decirle adiós. De verdad que mis padres me han educado muy bien, pero con este es que no puedo, no me sale.

Me voy por donde he venido y con destino a mi casa; después de comer, ya iré a la cava.

La semana es normalita, sin ningún sobresalto, y casi que lo prefiero. Al mediodía he podido ir a correr, hacer el café con Paula y, por suerte, no he vuelto a encontrarme con ese hombre. Y esta mañana he recibido la llamada de Gabriel para concretar la firma del contrato sin el anexo tres, tal cual estaba redactado desde el inicio. Menos mal, un problema menos hasta el año que viene.

Me suena el teléfono, miedo me da. Miro la pantalla y veo que es Catalina, ¡qué bien!

Estoy deseando empezar con las obras de mi casa y de la cava, me encanta el proyecto que me ha diseñado.

—Hola, Catalina. ¿Cómo va todo?

—Bien, gracias. Solo llamaba para avisarte que la semana que viene estaré por Barcelona. Las obras en la bodega de Paula ya casi han finalizado y he concretado visita con el constructor, que ya tiene preparado el presupuesto, y tendremos que ultimar los detalles y fijar una fecha para empezar las obras.

—Perfecto, ya tengo ganas de empezar. La semana que viene no tengo ningún compromiso importante, dime el día y la hora y quedamos.

—¿Te iría bien en casa de Luca?

—Sí, claro, ningún problema —le respondo.

—Pues, si no hay ningún retraso de última hora, el viernes al mediodía; te concretaré la hora cuando hable con Gustavo.

—Ya me reservo el viernes tarde para vosotros. He hablado varias veces con Gustavo en casa de Paula y creo que nos llevaremos muy bien.

—Perfecto, pues nos vemos el viernes.

—Adiós, nos vemos.

Llamo a Silvia y le digo que no me programe nada para el viernes porque, con lo liada que voy, soy capaz de olvidarme. De momento, es un día redondo: contrato con Gabriel cerrado y ya queda menos para el inicio de las obras.

Capítulo 2

Por fin es viernes. Catalina me ha confirmado la reunión para dentro de una hora, me da tiempo de ir a casa y arreglarme para la ocasión. Me ha costado mucho tomar la decisión de hacer las obras, pero, como dice Cristina, renovarse o morir. La zona de atención al público de la cava se está quedando obsoleta y me gusta la idea que me ha dado Catalina de una zona amplia abierta, pero con diferentes zonas de atención bien marcadas.

Estoy repasando los planos cuando me doy cuenta de que no he comido, otra vez. Miro el reloj, y no me da tiempo; cojo una barrita energética de las mías y eso me ayudará a aguantar.

Llego al *parking* de la bodega. No hay rastro del Mercedes G por ningún lado. Bien, más tranquila me quedo.

Paula sale a recibirme y me acompaña al despacho, donde están todos acabando la reunión que han tenido con Catalina y Luca.

Están sentados en la mesa de reuniones, con una copa de vino tinto de la bodega, hablando animadamente. La verdad es que la reforma les ha quedado muy bonita y ahora la bodega es digna de ser visitada.

—Ya has llegado, Laura —me saluda Luca—. Nosotros ya hemos acabado. Te hago saber que aquí casi está todo terminado, así que nosotros nos vamos y os dejamos a solas.

—Luca, estáis en vuestra casa, no hace falta que os marchéis.

—Sí, pero yo ya he tenido bastante en lo que se refiere a obras por una temporada, ahora te toca a ti.

Le sonrío, creo que aún no sé dónde me he metido; ahora tengo ganas de empezar y dentro de poco no veré la hora de que acaben.

—Catalina, buenas tardes —la saludo por fin—. ¡Qué ganas de verte! Esto significa que queda poco para empezar las obras en la cava.

—Sí, como ya te dije, todo llega —me responde.

—Gustavo, ¿cómo va todo? Espero que me hayas ajustado los números al máximo.

—Por supuesto, ahora lo hablaremos. Hay alguna partida que está abierta, sobre todo la que se refiere a la reforma de la casa, ya que faltan escoger algunos materiales, pero el de la cava está listo.

—Pues empecemos —digo yo, toda contenta.

—Bueno, esperemos un momento, falta una parte importante en la reunión.

Me quedo extrañada; estamos Catalina, Gustavo y yo, no falta nadie.

Al ver mi cara de recuento, veo que toma un sorbo de su copa de vino y me mira directamente a mí.

Ay, qué susto, ¿qué pasa ahora?!

—No sé si te has dado cuenta, pero estas últimas semanas he estado viniendo menos por la bodega a supervisar la obra. Hace cuestión de dos meses tuve un amago de infarto y a la semana me repitió el episodio.

Me he quedado sin palabras, Gustavo es un hombre alto y fuerte y parece sanísimo.

—¿Estás bien ahora? —le pregunto, angustiada.

—Sí, bueno, más o menos. El médico me ha prohibido el estrés, el trabajar muchas horas, y ahora he pasado de no tomarme ninguna pastilla a tomarme cinco cada día. Son para prevenir, me dice él, pero me ha aconsejado que no me olvide de ninguna, así que le hago caso.

—Por supuesto, la salud es lo primero.

—Y, además, por si fuera poco, mi mujer me ha amenazado con el divorcio si no hago caso al médico. Prefiere ser una mujer divorciada a una viuda y, cómo no, me ha dado un ultimátum y por eso ya he tramitado todos los documentos para mi jubilación. Y, aunque menos presente, no he querido dejar mi última obra a medias y, aunque menos presente, he podido acabarla.

—¿Y eso qué quiere decir?

Horror, ¿no empezarán las obras en la cava? Pero si me acaban de decir que sí. Ay, por favor, ¿qué haré ahora?

Catalina, al ver mi cara, entra en escena.

—No te preocupes, que la obra sigue adelante y ya verás como no notarás cambio.

—¿Quién llevará la supervisión de la obra, pues?

—Si no me ves nervioso, es porque dejo la empresa a mi mano derecha desde hace ya unos años: mi hijo Óscar. Últimamente, él se encarga de las obras lejos de casa; ya sabes que nosotros somos de aquí pero trabajamos en toda España y ha llegado la hora de que él se encargue de todo.

—No te preocupes por nada, conozco a Óscar y él ha llevado la obra desde que Gustavo ha estado convaleciente, y te puedo asegurar que es digno sucesor de su padre. Todo lo que dice de él es cierto y se queda corto.

—Gracias, Catalina, te agradezco tus palabras —le dice Gustavo.

—¿Y cuándo conoceré a Óscar?

En ese momento se abre la puerta del despacho, me giro y veo al innombrable en la puerta. Justamente ahora el oportuno operario viene a ponerme más nerviosa, como si no lo estuviera ya con estos cambios inesperados de última hora.

—Pasa, Óscar. Justo ahora estaba explicándole a Laura los cambios en la empresa.

Nooooooooo, no, no y no. Esto no puede estar pasándome a mí, yo no puedo trabajar con este impresentable. Es verlo y me hierve la sangre; no podremos ponernos de acuerdo en nada, como si lo viera.

¿Qué hago, hablo con Catalina para pedir un nuevo constructor? Sí, pero eso implicará empezar más tarde y retrasar la obra, ¿cuánto? Dos o tres meses, más lo que dure la obra, agosto por medio, me voy a la campaña de Navidad. Imposible.

Soy lista, piensa Laura. En mi cabeza debe haber otra solución.

—Hola a todos —dice él como si nada. Se acerca a Catalina y le da dos besos. Ya veo que se llevan bien estos dos—. Perdonad el retraso, estaba acabando de ultimar unas cosas con Luca.

En ese momento veo que se gira y me mira directamente a mí, solo a mí, y aunque sigo enfadada, me pierdo en sus ojos verdes y, por un momento, hasta me gusta la idea de tener que trabajar con él, pero no, ni hablar.

—Laura, este es Óscar, mi hijo. No sé si le habías visto últimamente por aquí.

Veo que hace la intención de acercarse y me pongo nerviosa, no sé por qué. Bueno, sí, no me esperaba que él fuera Óscar.

Se inclina con la intención de darme dos besos, y yo me apresuro a interponer el brazo entre los dos para que solo quede en un apretón de manos, ni loca me dejo besar por este tipo.

Creo que él nota lo incómoda que estoy, pero le da igual, él sigue aquí como si nada.

—Pues sí que lo he visto y sufrido, sobre todo por cómo aparca.

—Venga, hombre —dice Óscar—, ¿aún estás con eso? Ya te pedí disculpas en su día, solo fue para descargar material.

—Pues sí que empezamos bien —dice Gustavo—. Es importante que entre los dos tengáis buena relación porque si no, las reuniones de obra serán un poco incómodas.

Catalina me mira preguntándome qué pasa con los ojos.

—¿No habría la posibilidad, Gustavo, que su última obra fuera la mía? Por favor.

—Lo siento, Laura, pero me juego mucho en esto, ya no por salud; tú no conoces a mi mujer, ella da más miedo que el médico.

Sonríó a Gustavo. Es un amor de hombre, cómo puede ser que su hijo sea tan diferente.

—Todo el proyecto desde casi el principio lo ha llevado él, de hecho, yo ya estoy jubilado oficialmente desde ayer. A partir de hoy, todo lo referente a la obra lo tendrás que hablar con Óscar.

Estoy acorralada, no me queda más remedio que aceptar porque si no, no llego a la campaña de Navidad.

Óscar coge una carpeta que está en la mesa y empieza a sacar unos bocetos. Aquí se le une Catalina y hablan un momento entre ellos, así aprovecho yo y pongo mis ideas en orden; somos personas adultas y podremos llevar esta situación.

Empieza Catalina, creo que se ha dado cuenta de que será lo mejor.

—Mira, Laura, como empezaremos con la reforma de la cava, aquí tienes tres bocetos con sus presupuestos de la reforma.

—¿Tres? Pero si me has pasado dos, ¿no?

—Sí, pero la semana pasada, hablando con Óscar de los dos, me dio una idea que no se me había pasado por la cabeza, y lo siento, pero terminé el boceto ayer noche y no me ha dado tiempo de enviarlo y Óscar lleva toda la mañana haciendo el presupuesto para tenerlo acabado en esta reunión y poder presentarte el proyecto.

—Vamos a ver, de las dos opciones que tenía al principio, aún no sé por cuál decidirme, me gustan las dos.

Cojo los documentos y empiezo a mirar el proyecto. Primero me lo quedo mirando un buen rato para situarme; no soy arquitecta y no consigo orientar la zona y al final pregunto:

—Estamos hablando de la zona de atención al cliente, ¿no? Es que no me sitúo.

Aquí entra Óscar en escena y se deja ver.

Se coloca a mi lado y pone el proyecto uno al lado de este nuevo.

Sigo sin verlo.

—En el proyecto que ya conocía me sitúo perfectamente, pero en este nuevo, ¿de dónde sale esta terraza si no hay nada ahora mismo allí? No consigo hacerme a la idea.

—Para eso estamos aquí, tú pregunta. Hace un mes fui a visitar tu cava el domingo.

—¿Y yo estaba?

—Sí, atendiendo a unos clientes, pero yo lo que quería era ver el espacio *in situ* y lo de dentro lo tenía claro, tal cual lo había dibujado Catalina. Pero, al estar allí y mirar por la ventana de la pared del fondo, te juro que se me vino la idea al momento y lo vi claro. Luego salí y me di una vuelta por fuera los jardines y aún lo vi mejor, y entonces hablé con Catalina para intentar transmitirle la idea y aquí está. Creo que nadie podría haber diseñado mejor la idea que me vino a la cabeza.

Sí que están en contacto estos dos. Buf, es que no puedo, no sé si podré trabajar con él.

—Esta vidriera es la pared del fondo donde está la ventana pequeña; si la tiramos y reforzamos con una viga, nos da acceso al jardín lateral, que ahora está solo adornado con plantas, y podemos crear una terraza exterior cerca de la entrada o salida a la cava. Así, cuando los clientes se vayan, no tendrán que hacer parte del recorrido de la visita al revés y estarán más cerca de sus coches para cargar las cajas de cava. Y, por último, esto lo vi en una bodega que reformamos en La Rioja; allí era el Winebar y tú aquí lo podrías llamar el Cavabar, un espacio donde la gente pueda venir a tomar algo los domingos.

La verdad es que se nota que le gusta su trabajo porque ahora mismo este último proyecto es el que me gusta más; es evidente que es mucho mejor que los otros dos, pero no me da la gana darle el gusto.

—Vale, ahora ya he visto los tres proyectos, ahora hablemos de presupuestos.

—Pero te ha gustado, di la verdad —me pica Óscar.

—Cuando vea el precio, verás cómo me va a gustar.

Veo en su cara cuánto le ha decepcionado mi respuesta, que se creía que por ser su propuesta diría que sí sin más, que se lo ha creído.

Empezamos con los números y, evidentemente, el proyecto de la terraza es el de presupuesto más alto, pero tampoco tanto más que los otros; la verdad es que me esperaba el doble de presupuesto, y no es así.

Catalina debe notar cómo mi cabeza es una calculadora y me echa un cable.

—Sinceramente, Laura, sin los presupuestos delante, ¿qué proyecto te gusta más?

—Si no tuviera que mirar el dinero, el proyecto de la terraza es espectacular. —Alzo la cabeza a tiempo de ver una sonrisita de triunfo en la cara de Óscar, pero es mi cava y tengo que decidir lo mejor para mi empresa—. Si me salgo de presupuesto con la obra de la cava, tendré que recortar gastos con la casa, eso ya lo veremos. Ahora lo que me preocupa más es el tiempo, no puedo cerrar la cava a las visitas muchos fines de semana y la terraza y tirar la pared es más complicado. Catalina me dijo que harías primero una mitad y luego la otra.

—El día que estuve de visita, me fijé en la sala anterior a la zona de tienda que tienes ahora, donde tienes las fotos de la cava y las vendimias.

—Sí, la llamo la sala museo.

—¿Qué te parece si acondicionamos esa sala con unos muebles de la tienda para salir del paso, atiendes allí las visitas y así podremos hacer la obra de golpe y tardaremos menos tiempo?

—Pero es muy pequeña esa sala.

—Podrías hacer visitas con grupos más reducidos, solo serán unas semanas.

—Creo que sí; junio y julio son unos meses flojos de visitas, la gente prefiere irse a la playa.

—Pues decidido, proyecto Cavabar —dice Óscar.

—A ver, hijo, esa decisión es de Laura, deja que ella madure un poco la idea y luego escoja el proyecto que más le guste. Eso sí, veo que te has implicado de lleno en él, me gusta ver que dejes la constructora en buenas manos.

—Gracias, papá, pero sabes que recurriré a ti en busca de buenos consejos.

—Más te vale hacerlo.

Me encanta ver la buena relación que tiene padre e hijo, aunque a mí el hijo no me caiga bien; en escenas así, es cuando hecho más en falta a mi padre.

—Gracias, Gustavo, por recordar a tu hijo quién tiene que decidir, pero está claro que me quedo con el proyecto de la terraza. Mi pregunta es: ¿cuándo podréis empezar?

—La semana del cuatro de junio empezaremos la obra, unos días antes empezaremos a llevar el material.

—De acuerdo, ya dejaremos una zona en el almacén para que podáis guardarlo todo bajo cubierto y cerrado por la noche —le digo.

—Pues gracias, eso es una ayuda.

—Ya verás como te va a encantar el resultado final, el proyecto es único —me dice Catalina.

—Si tú te encargas de todo, seguro que sí.

—Tendrás una cava a la última, todo el mundo querrá venir a verla y a tomar algo.

—A ver si es verdad. ¿Hasta cuándo te quedas? ¿Cenas con nosotras esta noche? —le pregunto.

—Sí, me voy el domingo por la mañana, así podemos concretar algún detalle más.

—Gustavo, un placer haberte conocido, espero que vengas a la inauguración del nuevo espacio con tu mujer. —Me acerco y le doy dos besos; después, me giro hacia Catalina y le digo con los labios «Luego nos vemos»; por último, miro a Óscar y hago un movimiento de la cabeza en forma de despedida, no me sale nada más.

Salgo del despacho y voy directa a la puerta de la calle. Como luego cenamos las chicas, ya veré a Paula; ahora mismo no tengo ganas de ver a nadie, supongo que dentro de un rato se me habrá pasado.

Salgo a la puerta principal y no puede ser verdad, mis ojos me están engañando y no estoy viendo el Mercedes G de Óscar otra vez impidiendo que pueda salir con el coche. Si ahora mismo fuera un dibujo animado, por mi nariz y mis orejas estaría saliendo humo de la rabia que siento. Es que es para matarlo. Doy una pataleta en el suelo y me giro con la intención de subir al despacho para cantarle las cuarenta a cierto hombre, pero me doy de bruces con él.

—Es broma, ¿no? ¿Ahora qué excusa tienes? Porque la de descargar material no me vale.

—¿Te sirve si te digo que lo he hecho aposta?

Es que lo mato y lo remato.

—Encima, tienes el morro de decirme eso.

—Sabía que, cuando supieras que yo llevaría tu obra, saldrías corriendo de la reunión, y quiero hablar contigo.

—¿Y no me lo podías haber dicho arriba, en la reunión?

—Pues no.

—¿Qué quieres hablar conmigo?

—Quisiera que empezáramos de nuevo. A partir del cuatro de junio nos veremos a diario y no podemos estar como el perro y el gato todo el día, es agotador.

—Solo hablaremos lo mínimo indispensable para llevar bien la obra; a partir de aquí, no quieras ser mi amigo porque yo ya tengo a mis amigos.

—Usted perdone, solo quería arreglar las cosas. Si tú lo prefieres así, así será.

Se posa entre nosotros un silencio incómodo.

—Una última cosa. Acostumbrado a viajar lejos, tengo una autocaravana, que es donde vivo mientras trabajo. ¿Podría dejarla aparcada en la cava mientras hagamos la obra? Creo que en el rincón del fondo, al lado del jardín, no molestará y no la tendrás a la vista a cada instante.

—Veo que ya has escogido el lugar.

Otra vez el silencio, parece que esta será la tónica entre nosotros.

—Por mí, no hay ningún problema, siempre que no la aparques detrás de mi coche para que no pueda salir.

Los labios de Óscar se han curvado en una sutil sonrisa, que me ha enfurecido más si cabe.

—Ahora ya puedes sacar el coche, ya hemos hablado.

—Sí, su majestad.

Me lo quedo mirando con cara de pocos amigos, me subo al coche y, cuando me deja paso, por fin salgo de esta pesadilla en la que me he metido sin querer.

Ya un poco más calmada, pero no del todo, me estoy arreglando para ir a cenar con mis amigas. No sé qué ponerme, llevo una hora delante de mi armario y no me gusta nada de lo que tengo en estos momentos. Definitivamente, tengo que ir de compras, hace mucho que no me compro nada nuevo.

Me quedo mirando otro rato más el armario viejo de mis padres y, finalmente, me decido por unos pantalones negros efecto cuero de Michael Kors que se ciñen a mi figura de manera muy coqueta, el top azul cian de Zara con la manga asimétrica que me encanta y una *blazer* negra finita con cremallera. Una vez tengo el conjunto puesto, me miro en el espejo y me gusta el resultado que veo. Necesito subir mi autoestima, ya que desde que conozco al innumerable mis nervios están a flor de piel y no sé cómo me siento.

Aparte, estoy un poco enfadada con Paula; ella sabía quién era él y no me ha dicho nada.

Aparco el coche en el *parking* municipal, está cerca del restaurante donde cenamos.

Llego la primera. Miro el reloj a ver si me he equivocado de hora, pero no, confirmo que solo me he adelantado cinco minutos. Me siento en la mesa que está reservada para nosotras seis, ya que Catalina estará con nosotras.

Cómo no, Cristina llega la última, y eso que Beth está de guardia, pero ha podido plegar más o menos a la hora. Ya estamos todas a la mesa. Nos han puesto en una mesa redonda al fondo, aquí podremos hablar tranquilamente y nos veremos todas las caras; aunque, con el humor que llevo, no sé si sería mejor sentarme en una mesa aparte yo sola para no amargar a nadie.

Están todas riendo de algo que ha dicho Paula, pero no me he enterado muy bien de lo que ha dicho; sigo dándole vueltas al hecho que tendré que ver a ese cada día durante unas cuantas semanas.

—¡Hola! La Tierra llamando a Laura —oigo que me dice Beth—. ¿Se puede saber dónde estás?

En ese momento me doy cuenta de que las cinco están mirándome.

—Aquí, estoy aquí —respondo yo.

—Pues no lo parece —salta Cris.

—¿Qué te pasa hoy? —me pregunta Paula.

Ya no puedo más y estallo, seguramente un poco más brusca de lo que debería, pero es que me sale así.

—Tú deberías saberlo, podrías haberme dicho que Óscar es el hijo de Gustavo.

—Tú misma tienes la respuesta, aunque el primer día que lo vimos no sabía quién era. Cuando te fuiste, se presentó debidamente, pero cada vez que se le nombra en una conversación, tú saltas de una manera que no se puede razonar contigo, o sea, no me has dado la oportunidad de decírtelo.

—¿Qué me he perdido? —dice Catalina—. ¿Qué problema hay con Óscar?

Se me queda mirando esperando una respuesta por mi parte, pero soy incapaz de decirle nada; ella es parte implicada en la obra y no quiero malmeter contra él.

Al ver que no contesto, Paula sacude la cabeza y contesta ella:

—No es nada. Lo que pasa es que el día que Óscar y Laura se conocieron tuvieron un encontronazo, una tontería.

—¿Cómo que una tontería? Encima, te pones de su parte —le suelto yo.

—No me pongo de parte de nadie, ¿ves lo susceptible que te pones? —Paula pide ayuda a las demás para que le echen un cable y Cris sale en su rescate.

—Sí que no fue para tanto. —Mira hacia Catalina y continúa—: Era una tarde que estábamos en la bodega y Laura se tenía que ir a la cava porque tenía una avería, y Óscar dejó el coche suyo justo detrás del de ella y no podía salir, o sea que Laura se puso a pitar como si no hubiera mañana y apareció Óscar sin camiseta, que no veas cómo está sin camiseta —todas se ríen—, y la muy digna le metió una bronca que el pobre creo que aún tiene pesadillas con ella.

Ahora sí que soy el hazmerreír de la mesa, y esto aún me enfada más.

—Laura, déjalo ya. Fue mala suerte que aparcara detrás del coche, pero el pobre cada vez que te ve te pide disculpas y tú solo le ladras. —María, siempre a favor de las causas perdidas.

—En ese momento yo tenía mucha prisa —me defiendo. La cara de Catalina pasa de reír a preocupación.

—¿Será un problema que tengas que trabajar con Óscar? —me pregunta.

—No, tranquila. Esta tarde hemos hablado y ya hemos aclarado las cosas.

—¿Cuándo? Si te has ido de la reunión casi corriendo —me pregunta Paula.

—Pues luego.

—Repito, ¿cuándo? —me sigue preguntando Paula.

Dejo ir un soplido y lo cuento.

—Pues iba a mi coche cuando veo que el suyo vuelve a estar detrás del mío sin dejarme salir.

Las cinco dejan de respirar, esperando mi reacción.

—Resulta que el muy... no sé, ahora mismo no me sale una palabra que no sea un insulto, lo ha puesto adrede allí para que no pudiera salir y poder hablar conmigo, para pedirme otra vez disculpas y empezar de cero.

—¡Aishhh! Qué mono —suelta Cris.

—¿Y tú qué le has dicho? —me pregunta Beth, que me conoce mejor que nadie.

—Pues que lo soportaré lo mínimo indispensable para que la obra funcione.

Catalina abre unos ojos como platos.

—Pero si Óscar es un amor de hombre, y no veas cómo está de implicado en tu proyecto. Me negarás que su propuesta no es genial. Cuando me llamó para explicarme su visión para que yo la plasmara en un plano, se le veía supermotivado, incluso me colgó para hacer una videollamada para poder explicarse mejor.

—Ooohhh... —sueltan las tres pavas de mis amigas.

—Pero ¿queréis dejar de hacer el tonto? —les recrimino.

—Catalina, créenos si te decimos que Óscar besa por donde pisa Laura y ella no hace más que gruñirle.

—Ay, chicas, que no es para tanto. Al final, me he decantado por su proyecto, y eso que sabía que era el suyo.

—Hombre, Laura, no podías decir que no; con diferencia, era el que destacaba más de los tres, y eso que los otros dos estaban muy bien, pero teniendo el jardín y pudiéndolo aprovechar no hay color —suelta Paula, y se queda tan tranquila ella.

—Aquí hay tema —dice Cris.

—No digas tonterías —le suelto yo.

—No me dirás que no te gusta su tableta de chocolate... —sigue insistiendo.

No les voy a descubrir mi secreto, porque, si les digo que cuando cierro los ojos es a él al que veo en mis sueños, la tengo liada parda.

—Bueno, cambiemos de tema, que ya tengo bastante con tenerle que aguantar tanto tiempo.

A partir de entonces, se me pasa el enfado que tenía con Paula porque tienen razón, no fue para tanto; pero es que es verle y me entra un no sé qué por el cuerpo que no puedo con él.

Estamos ya con los cafés. No sé si llevamos dos o tres, pero no nos hemos dado cuenta de que solo quedan tres mesas con la nuestra, y pedimos la cuenta.

Se acerca el camarero con la cuenta y la máquina de cobrar de la Visa.

Cuando ya hemos pagado, nos da a todas una tarjeta con una consumición gratis y el sello del restaurante. Una vez la tenemos todas, se explica.

—Hoy inauguramos la zona de la terraza en la azotea. Estaba prevista para junio, pero con el calor que hace lo hemos adelantado. Estáis las cinco invitadas a una consumición por cortesía del jefe, os esperamos.

—Pues no dudes qué iremos, ¿verdad, chicas? —se adelanta Cris.

—Sí, por supuesto —se suma Paula.

—Solo tenéis que subir las escaleras que encontraréis a la salida.

Nos levantamos y le damos las gracias.

Paula llama a Luca para que venga y subimos.

Desconocía que este edificio tuviera azotea en lo alto, pero, al abrir la puerta, nos trasladamos a un mini-Caribe en medio del pueblo. No me lo puedo creer lo chulo que es el espacio.

El suelo está cubierto de lamas de madera. A un lado está montada la barra, que es bastante ancha, ya que en el lado interior están los camareros y en la otra, unos taburetes altos para tomar algo en ella, y dejando un pasillo en medio, al otro lado se encuentran unos sofás blancos, con unas mesitas negras redondas en el centro con unos taburetes blancos alrededor, que están coronados por unas sombrillas de paja artificial que le termina de dar el toque tropical. Al final del espacio hay tres macetas enormes con unas palmeras que medio esconden una piscina rectangular con unos asientos dentro.

—Mirad, chicas, la piscina. Aquí un mediodía dentro del agua y un cóctel en la mano se estará de lujo —les digo.

—A mí me han gustado la cantidad de luces que hay, parece que estemos en la verbena de San Juan —dice Beth.

—A mí me han entrado unas ganas de mojito que ni os cuento, ¿os pido uno a todas? —pregunta Cris.

Todas contestamos con un sí y una sonrisa. Este espacio crea un buen rollo que te transporta por un momento a estar de vacaciones.

Hace tanto que no disfruto de unas buenas vacaciones... Hace dos años, tenía planeado un viaje a Egipto que era una pasada, pero a última hora por culpa de Álvaro, mi ex, tuve que anular el plan porque quería acoplarse al viaje y yo quería ir sola, y se fue liando tanto la cosa que al final me quedé sin él y sin el viaje, que es lo que más me jorobó.

Es que no sé qué pasa, pero es que los tíos lo tienen que complicar todo. No es tan raro que quisiera ir yo sola al viaje aunque estuviéramos saliendo, necesito mi parcela de intimidad o individualidad, llámalo como quieras, pero él estaba empezando a ocupar demasiado de mi espacio vital

indispensable y, cómo no, terminé por agobiarme y lo dejé. Encima, eso me costó tener que borrar me del único gimnasio del pueblo, aunque mira, gracias a eso, me he aficionado tanto a correr, porque puedo ir sola y no necesito encerrarme entre cuatro paredes para que me vigilen todo el rato.

Estoy perdida mirando las palmeras del fondo, que hacen de separación de la piscina, cuando noto que algo está de pie detrás de mí.

Me giro pensando en que será Luca, pero no, error: es Óscar.

Por un segundo, me alegro de verlo: está tan guapo con sus *jeans* ajustados y su camiseta blanca acabada en pico, y ese perfume que lleva que me llega tan adentro... Pero ¡NO! Dejo de respirar por unos segundos para recobrar mi cordura y hago como si nada me afectara, levanto mi coraza (que por un momento se me ha caído) y saludo a todos muy efusivamente, casi demasiado, pero a él nada, solo un movimiento de cabeza y una mirada rápida.

Según escucho, los chicos han ido a cenar todos juntos y, aprovechando que Óscar estaba aquí, también lo han invitado a él, para mi desgracia.

Sin darme cuenta, me termino el mojito de una tirada. Demasiado suave para mi gusto, en estos momentos necesitaría un tequila por lo menos para suavizar su presencia, pero, cansada de un día con tantas sorpresas, me levanto y me despido de todos con el pretexto de que al día siguiente trabajo y me tengo que levantar temprano.

No sé si ha sonado muy a excusa, pero me tengo que ir de aquí, lo necesito.

Cuando estoy cerca de mi coche, veo el Mercedes G de él. Sonríe; por una vez, no me está obstaculizando el paso y aprieto el mando de mi coche para que se abra.

Oigo unos pasos detrás de mí y su voz, que me llama por mi nombre. Qué bien suena Laura en sus labios... Pero, por suerte, la coraza todavía la llevo puesta.

—Laura, espera, por favor.

Me paro y me giro para enfrenarlo.

—Dime.

—No te irás por mi culpa, ¿verdad?

—Pues claro que no, no te creas tan importante.

Otra vez ese silencio incómodo que siempre se coloca entre nosotros.

—Son tus amigos y no quisiera...

Le corto para que no siga.

—No tengo el monopolio de su amistad, faltaría más. Ve con ellos, que yo por hoy ya he tenido bastante.

—¿Seguro que no estás más enfadada conmigo por esto?

—Tengo que madrugar mañana y me estás retrasando, eso sí que me enfada.

Me giro y entro dentro de mi coche para irme muy digna yo; últimamente, se me da bien eso de salir airosa de los sitios.

Llego a mi casa, mi vacía casa, me pongo una camiseta como pijama y cierro los ojos. Por un momento, pienso que hoy sí que podré dormir tranquilamente, pero es relajarme y la imagen de Óscar con sus tejanos vuelve a mi mente. Me mira directamente con esos ojos verdes y noto cómo me derrito por dentro sin poderlo remediar, y aunque me jorobe, me dejo llevar y fantaseo con él.

